

leste (1). Los Arabes tuvieron que vencer la repugnancia del Gobierno chino para con los extranjeros; se establecieron en gran número en Canfut, en donde tenían un cadí para la administración de justicia. Los escritores árabes fueron los primeros que dieron noticias sobre el té y la porcelana de China (2).

Los califas, á quienes se acusa de haber señalado su paso con ruinas y sangre, levantaron las ciudades más considerables de la Edad Media. Omar, el feroz conquistador, fundó la ciudad de Bassora en la confluencia del Eufrates y del Tigris. El sitio, admirablemente escogido, dominaba los dos rios, por los que se esparcen las producciones de la India á todas las partes del Asia; construída sobre un terreno de arena y de piedra, Bassora se convirtió, gracias á los trabajos de riego, en uno de los paraísos del Oriente. La naturaleza pudo más que las revoluciones que trastornaron al Asia; aún hoy hay en los setenta y dos cuárteles de la ciudad comerciantes de todas las naciones, árabes, persas, armenios, turcos, judíos, cristianos, indios (3).

Bagdad, la residencia de los califas, sobrepaja á todas las ciudades del Asia y de la Europa; es digna de figurar en las *Mil y una noches* (4); si no poseyéramos las relaciones de los geógrafos y de los viajeros, se inclinaria uno á considerarla como un sueño de la imaginación oriental. El sabio Ritter la llama una de las capitales de la tierra. Fundada en un momento en que cesaron las guerras, la residencia de los califas recibió el bello nombre de *Ciudad de la paz*. Un hecho interesante da una idea de su población: en los funerales del célebre médico *Ebn Haubal* asistieron al entierro 800.000 hombres y 60.000 mujeres. El lujo respondía á esta inmensa concurrencia de habitantes: el comercio llevaba allí todas las riquezas del imperio de los califas. Bagdad era al mismo tiempo centro de civilización; cuando los Mongoles la destruyeron (1258), una magnífica biblioteca fué presa de las llamas.

(1) ABUN-AL-BASCHID envió una embajada á la China en el año 798 (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 163).

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introduccion, p. 81.

(3) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 176-180.

(4) *Mil y una noches*, CLI. «Bagdad, la metrópoli de todas las ciudades de la tierra.»

Aunque el comercio del Oriente estuvo en manos de los Arabes, no hacían ellos mismos la importación de los productos del Asia. Se ha atribuido esta especie de indolencia al gusto por los goces pacíficos y á las discordias intestinas que desgarraron el imperio de los califas (1). Creemos que la oposición de las creencias religiosas era el mayor obstáculo. Era necesario casi violentar el Corán para recibir á los mercaderes infieles; ¿cómo habían de ir á buscarlos los discípulos del islamismo? Estas antipatías no impidieron, sin embargo, sus vínculos con los pueblos de Europa. Desde un principio la necesidad de actividad de las razas germánicas condujo al Asia á los comerciantes europeos. Los peregrinos favorecieron estas relaciones. Llevaban al Asia algunos de los productos de la Europa y traían á ella las mercaderías del Oriente. Las ciudades marítimas de Italia tenían factorías en los puertos de la Siria y establecimientos en la mayor parte de las ciudades de Tierra Santa. La toma de Jerusalem por los musulmanes no interrumpió el comercio. En el siglo IX las relaciones entre la Europa y el Asia tenían grande actividad. Los Germanos y los Arabes se aproximaban; el califa y Carlo-Magno se enviaban embajadores. Los Germanos eran aún bárbaros; su contacto con los Arabes contribuyó á civilizar el Occidente (2).

SECCION II.—LA UNIDAD ÁRABE.

§ I.—El califato.

La unidad es la señal característica del islamismo no tiene otro dogma que la unidad de Dios, unidad absoluta, que no admi-

(1) RITTER, *Geografía*, t. X, p. 199, 234.

(2) PARDESSUS, *Leyes marítimas*, Introduccion, p. 86.

te distinción alguna de personas. Este dogma conduce en política á la absorción de todos los pueblos en un solo é inmenso reino de Dios; no hay más que una sola fe y, por tanto, más que una sola sociedad legítima, la de los creyentes. El mismo absolutismo reina en el gobierno de la sociedad musulmana: los derechos del individuo desaparecen enteramente ante el poder de los sucesores del profeta. Esta unidad ha constituido la grandeza del imperio árabe, pero es también el vicio fundamental del estado social y de la civilización producidos por el Corán. Sin individualidad no hay libertad para los hombres, no hay libre movimiento para los pueblos; y sin libertad no hay vida, no hay progreso, sino la inmovilidad, el despotismo y la muerte.

Aunque el cristianismo no profesa la unidad absoluta del islamismo, el dogma de la revelación, unido á un espiritualismo excesivo, condujo igualmente á desconocer los derechos de los individuos y de los pueblos. ¿Por qué, pues, la civilización cristiana es libre y progresiva, mientras que la sociedad musulmana es esclava y estacionaria? Es que en Europa un elemento de raza vino á modificar la creencia; el espíritu del individualismo tenía raíces demasiado profundas en los pueblos germánicos para que el dogma pudiese destruirlo. El Árabe del desierto tenía algo de la independencia del Germano, pero el espíritu de las razas orientales que se mezclaron á los conquistadores dominó á los compañeros del profeta: entonces la unidad absoluta del Corán se desarrolló sin obstáculo hasta el despotismo.

Mahoma tiene la misma ambición que el cristianismo; quiere establecer la unidad universal: «Guerra á muerte á los infieles hasta que se conviertan ó paguen tributo.» Cuando la fuerza de las cosas detuvo la conquista, los musulmanes no desesperaron de la conversión del mundo, pero fundaron sus esperanzas en el auxilio divino. Esperan la unidad del islamismo de un profeta, que los unos llaman el vicario de Mahoma y que los otros confunden con Jesucristo (1). Hay en esta creencia común á las religiones que se dividen el Oriente y el Occidente un instinto de la unidad, ideal del género humano; pero cada religión pretende realizar la uni-

(1) D'HERBELOT, *Biblioteca oriental*, en la palabra *Eslam*.

dad absoluta en provecho suyo, basándose en una revelación divina de la verdad; aquí está el error. Estas pretensiones contradictorias se destruyen mutuamente. El cristianismo es la religión de los pueblos germánicos, mientras que el islamismo nunca tuvo una existencia vigorosa en el Occidente; reina en el mundo oriental, pero no domina solo en él; divide el imperio de las almas con el budhismo. Sucede, pues, con la unidad árabe lo que con todas las tentativas de la monarquía ó de la religión universal; es una utopía que los designios de la Providencia condenan y que se estrella contra la naturaleza de las cosas.

Lo que distingue á la unidad árabe es el ser más absoluta que ninguna otra. En el mundo occidental la Iglesia vive separada del Estado; existe un orden civil distinto del orden religioso. La Iglesia y el Estado, unidos en teoría, viven de hecho en lucha permanente; esta lucha impidió al pontificado dominar sobre el imperio, y al imperio dominar sobre la cristiandad. En el islamismo la lucha es imposible; la Iglesia y el Estado se confunden, el orden religioso es al mismo tiempo el orden civil. El califa es papa y emperador; impone las creencias como pontífice y las acciones como quien es á la vez la ley que ordena, el juez que aplica la ley y la fuerza que ejecuta la sentencia (1). El Oriente, esa patria del despotismo, no había conocido aún un poder tan absoluto. Entre los Persas los magos, y en la India los brahmanes, contrapesaban el poder del soberano; de manera que el poder estaba dividido. La sociedad musulmana, al contrario, está sometida á un solo hombre, cuya autoridad es ilimitada, porque es sucesor del profeta. Es verdad que el Corán es la regla del califa; ¿pero qué supone una regla para aquel que no tiene por cima de él, al lado de él, institución alguna, fuerza alguna que le pueda contener en los límites que le impone?

La unidad del islamismo dió una fuerza irresistible á la conquista, pero produjo efectos funestos para la sociedad. No dirémos con Volney que «el objeto de Mahoma era reinar, que quería esta-

(1) La palabra *Califa* significa vicario del enviado de Dios; consagra la unión del poder religioso y del poder político en manos del jefe de la sociedad musulmana (PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 341).

blecer el despotismo más absoluto en el que manda, y la sumisión más ciega en el que obedece, y que para alcanzar este fin hizo intervenir á Dios» (1). El despotismo no fué el fin, sino el efecto de la confusión de todos los poderes. Hay en el cristianismo un espíritu de dulzura que es extraño al islamismo; el Evangelio es incompatible con la crueldad de un déspota: sin embargo, si el pontificado hubiera absorbido al imperio, la sociedad cristiana hubiera presentado el mismo espectáculo que el Oriente. No debemos al cristianismo, sino al espíritu germánico la libertad de que gozamos.

La historia del califato nos muestra la influencia de las razas sobre el dogma. Creeírase que jamás ha debido ser el poder de los califas más absoluto que en tiempo de los primeros sucesores del profeta. Sin embargo, los primeros califas fueron más bien patriarcas que déspotas. Citarémos un testimonio curioso de ello. Habiendo recibido Omar telas rayadas como parte del botín, las distribuyó entre los musulmanes; cada cual recibió su parte, lo mismo el príncipe de los creyentes que los simples guerreros. Cuando el califa subió en seguida al púlpito para exhortar á los musulmanes á hacer la guerra santa á los infieles, como alguno le interrumpiese y le dijese: «No te obedecerémos», Omar preguntó la razón de esto. «Porque, dice el Árabe, tú te has distinguido de todos nosotros por una preferencia particular. Cuando distribuiste las telas del Yemen, tomaste para tí un solo pedazo; eres de gran estatura, si no hubieras tomado una parte más considerable que la nuestra, no hubieras podido hacerte un vestido con ella.» Omar se volvió hácia su hijo y le dijo: «Abd-Allah, responde á este hombre.» Abd-Allah, levantándose, dijo: «Cuando el príncipe de los creyentes, Omar, quiso hacerse un vestido con su pedazo de tela, se encontró con que no le bastaba; le dí una parte del mio para completar su vestido.» «En buen hora, dijo el Árabe, ahora te obedecerémos» (2).

Este rasgo es digno de la libertad que reinaba en los bosques de la Germania. ¡Qué cambio tan prodigioso después de estableci-

(1) VOLNEY, *Viaje á Siria. Estado político de la Siria*. c. 1.

(2) DE SACY, *Chrestomathie arabe*, t. II, p. 58.

dos los califas en Bagdad! Diríase que el contacto con el Oriente basta para engendrar el lujo y la corrupción. A la sencillez patriarcal de los primeros califas sucede una profusión gigantesca que deslumbra á los Griegos del Bajo Imperio. En la recepción de una embajada de Constantinopla se hizo ostentación de un ejército de 7.000 eunucos, una guardia de leones, 38.000 piezas de tapicería, entre las que 12.500 eran de seda bordada de oro. El embajador bizantino vió en la corte de los califas lo que un Lacedemonio había visto en la corte de los Persas, un árbol de oro y de plata que sostenía aves de toda especie, formadas de los metales más preciosos (1). A continuación del lujo la molición asiática invadió los palacios de los califas. Omar viajaba sobre un camello rojo, vivía de pan de cebada y de dátiles (2); los califas de Bagdad se hacían seguir en sus peregrinaciones de camellos cargados de nieve para refrescar las legumbres y los frutos que se servían en la mesa del príncipe de los creyentes.

La crueldad ha acompañado en todo tiempo al despotismo y á la corrupción del Oriente. Nada más horrible que el advenimiento de los Abbassidas. El primer califa de esta familia fué conocido con el sobrenombre del *hombre de sangre*; es cierto que pocos tiranos han vertido tanta como él. Cuando le llevaron la cabeza del último califa omniada, recitó estos versos de un poeta: «Aunque bebieran mi sangre no se saciaría su odio; tampoco su sangre puede calmar mi odio.» La proclamación de Abbas, cuando subió al trono, es digna de un salvaje: «Yo soy el que permite verter la sangre sin piedad, hasta que se cumpla la venganza.» No hay escena más espantosa en la historia que la extirpación de los Omniadas. Ochenta miembros de esta familia fueron invitados por el califa á una comida de reconciliación; acudieron á ella sin desconfianza y fueron todos asesinados; se puso la mesa del festín sobre sus

(1) GIBBON, *Historia de la decadencia del Imperio*, c. 52.

(2) El vencedor de la Persia y de la Siria montaba, al marchar á Jerusalén, un modesto camello, que llevaba sobre su cuello un saco de trigo, un saco de dátiles, un plato de madera y una botella de cuero llena de agua. El vestido con el cual predicaba, tenía doce remiendos. Un sátrapa persa que vino á rendirle homenaje le encontró dormido entre los pobres musulmanes sobre las gradas de la mezquita (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. I, p. 139.—PERCEVAL, *Historia de los Arabes*, t. III, p. 441).

cuerpos aún palpitantes; los gemidos y la agonía de los vencidos hicieron las delicias de los feroces vencedores. Lo que aumenta el horror de estas crueldades, es que los califas las legitimaban invocando el nombre de Dios «muy misericordioso y muy compasivo»: Dios es el que manda sacar la espada contra sus enemigos; Dios es el que destierra toda piedad de los corazones (1). Este dogma, apresurémonos á decirlo, no es el del islamismo; en la doctrina de Mahoma los califas no son los representantes de Dios. La idea del derecho divino es persa; ella hizo del despotismo una cosa sagrada; la crueldad misma se hizo legítima, porque todo ataque contra el califa era un crimen contra Dios (2).

Tal fué el califato bajo la influencia del dogma, de las costumbres y de las creencias del Oriente. Los califas de Bagdad tienen una reputación de generosidad y de cultura que contrasta singularmente con el despotismo cruel de que nosotros les censuramos. Carlo-Magno ha encontrado un rival en las tradiciones populares: el califa *Arum*, apellidado *Al-Raschid el Justo*, tan lejos está de merecer este nombre, que se creería que se le dió por sangrienta ironía. Un jefe insurrecto que inspiraba vivas alarmas consintió en someterse, pero exigió para su seguridad cartas de seguridad escritas de mano del Califa y suscritas por los jurisconsultos más célebres. *Al-Raschid* le envió el salvoconducto con ricos presentes. Cuando tuvo á su enemigo en su poder, consultó á los hombres de ley para saber si debía guardar la palabra que le habia dado. Unos sostuvieron que era necesario respetar el salvoconducto; otros lo declararon nulo. ¿Han faltado jamás á un príncipe teólogos y legistas para legitimar un perjurio? El Califa hizo morir á aquel á quien habia prometido la vida (3).

Sigamos aún á *Arum el Justo* en sus relaciones con los Barmecidas. El Califa debía su trono al jefe de esta familia, ilustre por su generosidad; le hizo su visir y le dió con su firma un poder ilimitado. La afecion le unió con Djafar, el hijo de áquel á quien llamaba su padre; le inició en las intimidades del harem. Arum

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 1, 21, 7, 59, 28.

(2) IBID., *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 36 y sig.

(3) DE SACY, *Chrestomathie arabe*, t. II, p. 4.

amaba apasionadamente á una de sus hermanas; la casó con su amigo, pero Djafar no debía tener más que el nombre de esposo: los horribles anales del serrallo dirán quien ejercía sus derechos. El Califa supo que habia sido engañado. Su venganza fué implacable. Djafar pereció sin que se le hubiese admitido la defensa. Su cuerpo, mutilado, fué expuesto sobre el puente de Bagdad. La hermana del Califa fué enterrada viva con los hijos que habia dado á luz. Todos los Barmecidas perecieron de muerte violenta (1).

¡Hé aquí la moralidad del Califa que lleva el nombre de *Justo*! La voz del pueblo no es siempre la voz de Dios; celebra á veces á un tirano y hace de él un héroe; pero las leyes inmutables de la moral tienen más poder que los elogios pagados de los aduladores (2). Llega el día de la justicia, y entónces la historia censura al hombre á quien han adulado sus contemporáneos, ó más bien debe compadecer al hombre y censurar el despotismo que produce los vergonzosos crímenes del harem y la crueldad de los tiranos.

No proseguiremos la historia del califato hasta su caída: es la historia de todos los despotismos. Un lujo espantoso, y para mantenerlo, expoliaciones inauditas; hombres y mujeres llevados al tormento, sin que haya crimen alguno de que acusarlos, con el único objeto de obtener por la fuerza sus riquezas. Hé aquí el espectáculo que ofrece ese califato de Bagdad, cuya magnificencia admiramos, sin pensar que la libertad y la vida de millones de hombres pagaban la prodigalidad de uno solo (3). Se ha deplorado la larga lucha del pontificado y del imperio. No nos lamentemos de la sangre que derraman los pueblos en los campos de batalla por una noble causa; las convulsiones mismas de las guerras civiles son preferibles á la tranquilidad del despotismo. Allá donde hay lucha, hay vida y garantía de un porvenir mejor; allá donde hay despotismo, hay muerte y muerte vergonzosa.

(1) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 135 y sig.

(2) ARUM, cuya gloria han extendido por todo el mundo las *Mil y una noches*, debe su renombre á los poetas, á quienes colmaba de laguezas (WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. p. 117 y sig.).

(3) WEIL, *Geschichte der Chalifen*, t. II, p. 554-557, 644.